

CUADERNO DE LAS CONSTELACIONES



CUADERNO DE LAS CONSTELACIONES

'El amor no puede existir sin el juego. El juego no puede existir sin la pasión. El drama comienza al perseguir las señales'

(Steiner, El Rescatador de Chatarra)

1. (ANDROMEDA)

Fue junto a la Iglesia de San Sebastián, saliendo del Botánico, caminando sin atajos, como los gatos.

Esperábamos a Perseo, que no había de llegar, y tres perros vagabundos representaban la cabeza, la cintura y los pies de la belleza encadenada.

Tañían las campanas y yo recordé los labios sin haberlos visto antes.

Una espiral de cristal envolvía la fachada de la iglesia reflejando sucesivamente los semblantes del sufrimiento y el placer. En un instante dejaron de sonar las campanas, pronunciaste el nombre de Perseo y yo giré sobre mí mismo como un planeta.

2. (AQUARIUS)

Hacíamos caras a los peces pero los peces no podían vernos. Era una ciudad sumergida, gobernada por las leyes de la marea y la ausencia de aire puro.

Volcamos la jarra suavemente y una figura que no eras tú, sino la asociación de la piel humana y la época de los diluvios apareció ante nuestros ojos, al tiempo que nos mirábamos.

Alteramos el campo de visión de dos miradas que se cruzan, interponiendo el espejo denso y transparente de un acuario ancestral.

La elipse provocó el efecto inverso al de la contemplación callada: nos pusimos a temblar, el pulso se aceleró y caímos en redondo.

3. (AQUILA)

El triángulo del verano no equivale a la traición.

No es necesario que un amor de verano provoque en el otoño la envidia y el conflicto.

Sin embargo, en el mes de septiembre, se anunció una gran tormenta desde las emisoras del aire y una nube en forma de águila descendió hacia nosotros y nos sorprendió bebiendo café con hielo en un merendero de la playa.

Nuestro primer impulso fue salir corriendo, pero descubrió Gabrielle que los pájaros no corren ante una descarga eléctrica y que el mensaje del Halcón Persa era nítido: no desesperéis ante la avalancha violenta del águila, existe siempre una respuesta sensual al artificio del rayo y al rugido despiadado del trueno, en la tormenta.

El sol dormido se sirvió de un espejo para secar nuestros cabellos.

4. (ARA)

No preguntábamos por la suerte del Centauro.

Y el Centauro vino a depositar un lobo sin mar a los pies de nuestra cama.

Lo acariciamos, sin temor.

Sabías, Gabrielle, que iba a morir si seguíamos haciendo el amor antes sus ojos y buscaste la ropa y algo de fruta. A la mañana siguiente lo arrojamos al mar con gafas negras, subido el cuello de nuestros abrigos.

5. (ARIES)

Yo soy un argonauta, Gabrielle.

No puedo negar mi condición y a menudo mis seres queridos me abandonan en la obstinación.

Siempre hay un barco a punto de zarpar y siempre hay una lágrima que puede deslizarse entre los trabajos de amor perdidos.

Hoy que el Sheratan del placer me acompaña no puedo dejar de pensar en la distancia que conocí un día y cuya energía hace volar aún más lejos a las naves de mi búsqueda.

6. (AURIGA)

¿Averiguaste ya por qué miro hacia atrás al abandonar una mesa o una habitación de hotel?

El cochero debe asegurarse continuamente de que no ha perdido a sus viajeros, y de que Capella mantiene el corazón en vilo.

Y los niños, que no son míos, pero que me siguen durante toda la travesía, aprenden con admirable curiosidad y dedicación los secretos de las maniobras difíciles.

7. (QUADRANS MURALIS)

¿Have you ever seen the rain?

Sucedía en el territorio de la lluvia constante, cerca del huerto de los limoneros y el improvisado cine para coches mudos. Hoy no existe y han edificado en su lugar un parque de atracciones. Entre tanta diversión, viajando en la noria gigante o adentrándote en el túnel del tiempo, surge siempre un matiz de añoranza. Se echa de menos un poco de lluvia en el último beso, junto al kiosco de caramelos.

8. (CANCER)

Lejos de Cáncer, recuerdo las noches de baile cuando era imposible pensar (los pensamientos se veían arrinconados por las buenas bailarinas, como las grandes ideas pisoteadas por los malos movimientos, y finalmente, ascendían a un tiempo, pensamientos e ideas, a los cielos eléctricos).

Como un cangrejo he recorrido el verano dejándome atrás. Como en una película muda, ligeramente acelerada, un cangrejo ha cruzado el trópico de las citas sin importarle lo que permanecía al frente, concentrado en lo que venía detrás.

Perseguido, como Búster Keaton, por un malentendido nupcial provocado por la soledad fatal que a todos nos acucia. Siempre tenemos más miedo a quedarnos solos después de una cita, que a la soledad que la precede. Miedo a reconocer que estamos solos que es el miedo a no conocer la soledad, pues ¿quién recuerda la felicidad de los juegos solitarios cuando no era necesario el otro?

Lejos de caer, recuerdo el pelo de Gabrielle enredado en las pinzas del deseo.

9. (CAPRICORNIO)

Era una película con Jacqueline Bisset. Un amor que se miraba a sí mismo, desde la cámara de la noche americana.

Recorríamos la ciudad de los anfibios de la mano de Nashira, maestro de ceremonias para los amantes del presente. Aquí y ahora. Sabemos que no existe otra cosa, y nos rebelamos porque ya ni siquiera existe. Un pie en el agua, el otro en la arena húmeda, sintiendo la ola del otro en la piel y siendo ola misma despellejada. Desde la ventana del hotel, Dabih contemplaba la plaza y el café donde ella me leyó una carta atrasada de su amigo americano.

No dijimos más palabras si no hacía falta. Reíamos al recordar el cúmulo de absurdas coincidencias que nos hizo tropezar en el vestíbulo del hotel: no existían dos habitaciones 202 y nuestras maletas eran iguales.

Amaneció enero con toda la lluvia de que los cielos eran capaces llorando sobre los tejados de París. Nadie podía sospechar que Gabrielle era un lujo para Steiner el estoico.

10. (CARINA)

Breves gotas de lluvia en el cristal. Remembranza de horas leyendo a cierto loco irlandés y haciendo sombras chinescas sobre la pantalla apagada de la habitación sin pagar. Fresa y dibujos que Gorey no habría firmado.

Johann Sebastian Bach y un viejo coreógrafo aterido contemplan por encima de mi hombro cómo Gabrielle cruza la calle con su impermeable azul y me deja adormecido por el perfume de su ausencia.

11. (CASSIOPEIA)

En el Coliseum proyectaban un musical, aún no filtrado por la mirada analítica. Todo envenenaba: la música, la pantalla gigante, las incómodas butacas, tus manos... Ensayamos sin éxito los primeros pasos de 'Night and Day' y yo te hablé de Jean Cocteau y tú me hablaste de Juliette Greco. El encanto de las palabras no residía en su referente —el referente comenzaba a ser el recuerdo de un sueño- sino en su fascinante sonoridad y en el hecho inexplicable de que fueran pronunciadas aquella noche y no otra, cuando ignorábamos si sería el último adiós.

12. (CENTAURUS)

La existencia es una herida.

Vivir es sangrar, y la sangre dice por nosotros. Hay sangre en los caminos, sangre en las cartas, sangre en las despedidas, sangre en las conversaciones, sangre en el silencio.

Atravesado por una flecha envenenada, abandoné durante días mi trabajo en el Consulado y te seguí hasta el sur de Francia donde alquilamos una motocicleta y visitamos la ciudad donde naciste.

Gabrielle es una herida.

Y yo acaricio la cicatriz del centauro por más que sé que las caricias no desangran.

Necesitaría una espada, y no la tengo.

13. (CHAMALEON)

-LA RECTA FINAL-

Nadie está fuera de peligro.

Hay una hora de la tarde que corresponde a la predisposición. La hora donde germinan los comportamientos del resto del día. Define lo que habrá de ser la recta final.

Gabrielle convertía esa hora en un camaleón indescriptible.

En aquella época, yo trabajaba más de la cuenta, arrastraba una gripe mal curada y padecía de insomnio casi todas las noches. Gabrielle consideraba estas manifestaciones como accidentes sin importancia en sí mismos, inútiles de interpretar. “Dentro de dos horas vuelve, con otra ropa y otra vida”. Era el principio de la recta final. Seguí trabajando más de la cuenta, utilizando pañuelos de papel y desvelado a las tres de la madrugada. Pero con Gabrielle era distinto, nada de eso le molestaba, sólo veía posibilidades en la escasez del tiempo o del sueño, formas de burlar lo evidente y hacer de un cambio de vestuario un pliegue hacia la excitante incoherencia.

Aún hoy, sin Gabrielle, me preparo cada tarde para la recta final con el traje imperturbable de un camaleón. Desafiante a las leyes de la vulgaridad.

Nada es vulgar en la recta final y nadie está fuera de peligro.

14. (COMA BERENICES)

En el pensamiento de esa mujer hay una baraja de naipes para ser jugada según decida.

Una carta en la manga.

En los ojos de esa mujer hay un ángel y un demonio enfrentados.

En el espejo de esa mujer hay un deseo cuya satisfacción es secundaria. No es el hombre un desfallecimiento de la inexpugnable Berenice, sino un reflejo de su incurable idolatría.

15. (CORVUS)

Entré en casa y supe que había alguien más con Gabrielle.

Escribí una nota nerviosa y cerré la puerta con sigilo.

Era un ladrón que había entrado a robar en mi propia guarida. No me sentí Apolo.

Sin embargo, fui a escuchar a Wallace, que tocaba el saxofón en El Cuervo y me sentí oscuro, infiel, cobarde y humano. No podía dejar de pensar en el teléfono que había a la salida del bar. El camarero me servía la siguiente cerveza, sin esperar una llamada. Si todo el mundo sabe dónde encontrarte, no hay emoción.

Agradecí a Gabrielle el escalofrío de escuchar a Wallace con la desesperación de un hombre sediento.

16. (EL CISNE)

El demonio es un cisne al otro lado del espejo.

El cisne es un hombre enamorado de un reflejo, debe de salir de sí mismo para ser capaz otra vez de sentir amor por los otros.

NOTA: Durante días me detuve en este pasaje y no pude seguir. El nombre de Renaldo. La alusión al espejo. La concepción de una doble existencia. La necesidad y la repulsa simbólica de los complementarios. La comunicación fracasa si no existe una cierta ternura hacia los otros. Después de la ternura, no hay ya nada que valga la pena reflejar.

17. (ERIDANUS –EL RIO-)

Quiso acercarse a mí.

Era la hora del desayuno y quiso hablarme.

Yo le dije que no había nada que explicar.

Gabrielle me amaba. Amaba a Steiner. Le amaba en cada escultura que sus manos imaginaban. Le amaba en cada hombre que se perdía en sus ojos habitación. Le amaba en cada pequeño imperceptible defecto de su cuerpo viejo y adolescente.

Steiner es el río. El río no es uno. El río son las partículas de vida que arrastra consigo.

El tiempo que transcurre en su lecho. La luz que le ilumina y la oscuridad que lo adormece.

El dolor de Steiner es el cauce de un río. Y Gabrielle le abrazó derramando un tazón de leche sobre las baldosas de la habitación y no quiso evitarle el dolor de no ser único, sino bebérselo entero, como una pócima que le podría curar.

18. (GEMINI)

“Didier y Steiner en el Paraíso”

Yo le hablé de Gabrielle y de Fritz Lang.

Él me habló de Bárbara y de matemáticas.

Ninguno de los dos habló de sí mismo.

Nos despedimos sin conocer ni un solo detalle íntimo significativo del otro. Didier debía ser francés. Yo no. Didier debía ser investigador. Yo no. Didier no me preguntó por el Hotel Discordia.

Después de las seis, las nubes cubrieron el cielo y una fina lluvia comenzó a caer sobre las calles. Didier decía que los números aislados carecen de significado pero no así su relación. Y que la relación de dos despertaba en nosotros la experiencia del comienzo. Dos en uno: la reminiscencia de la dualidad oscurecida por la obsesión de la identidad. Yo le pregunté por el deseo. Esa iniciativa del uno por hacerse dos sin llegar a serlo nunca.

Le llamó la atención mi cámara fotográfica. Quiso que un extraño nos fotografiara sentados en una mesa, el uno en frente del otro, de perfil.

Después me apuntó sus señas en un papel y se levantó para marcharse. Yo sentí deseos de hablarle de mi infancia, de mis amigos, de mi hermana y de mis viajes por el Sur de Europa.

Pero él ya había comenzado a caminar hacia la salida del bar, aparentemente despreocupado y seguro de que todo era como tenía que ser. Como comprobando la elasticidad de la distancia. Demostrando con sus movimientos que no era siempre necesario hablar de uno mismo, por primera vez, entre seres complementarios.

19. (HOROLOGIUM)

Nunca aprenderemos a decir adiós.

Nunca aprenderemos a mirar a la cara de alguien y decir adiós.

Incluso Max, que nunca dice adiós, no aprenderá nunca a decir adiós.

Max vivía solo con su particular amnesia, cerca de las vías del Ferrocarril.

No recordaba su infancia. Apenas si recordaba a sus padres. Sabía muy poco de su novia de Montreal. Un día entró en Paraíso con un saxo soprano en su funda negra bajo el brazo y miró y reconoció a Gabrielle.

Quien fuera que viera, su gesto fue de reconocimiento.

Cuando no puedes contar de dónde vienes, cuando no puedes siquiera asegurar que tu nombre es tu nombre real, sólo puedes actuar.

Gabrielle no le reconoció.

Pero no se lo dijo.

Entró en nuestras vidas como un desconocido a quien nuestra memoria hambrienta inventara un pasado.

20. (LEO)

Didier y Max.

Dos hombres que reinaban en la selva del desconcierto.

Recuerdo ahora a Didier que se resignaba a que yo abandonara a toda prisa la mesa donde comíamos para ir al encuentro de Gabrielle. Ella tenía dos horas libres antes de tomar su tren a la Denébola.

Max no era comprensivo. Anticipaba su realidad al deseo.

Didier no era un hombre convencional porque siempre había amado a una mujer que vivía un tiempo por delante de él.

Max no podía recordar haber amado de esta manera. Su enamoramiento era un fruto del momento, y ese momento era todo lo que conocía. Hasta donde se prolongaba su sombra, un gramo de cordura le guardaba.

A veces miraba a Gabrielle y creía reconocer a alguien de antes, y olvidar lo que ella podía ser a partir de después.

Siempre esperábamos que Max dijera o hiciera algo que delatara lo que había sido o podía ser una vida sentimental, los tiempos del entusiasmo.

Los hombres en el cruce de caminos, allí, siempre. La confusión de lo que está por pasar y lo que ya pasó, Esa maldita corriente de aire al cruzarse dos cuerpos en la hilera.

Tratados como enfermos, podían convencerse de serlo. El león andando fuera de la selva, y el amanecer en una habitación que otro alquiló.

“Es como el artista más iconoclasta”, dijo Didier de Max una vez. “Siempre desdiciéndose a sí mismo”.

21. (LIBRA)

No sé quién habló con tono elogioso del Otoño por vez primera.

Didier no. Didier llegó más tarde. Hoja rezagada.

Era octubre y llovía para equilibrar la intensidad de cualquier alegría y dolor.

Gabrielle vivía todavía en una pequeña ciudad a media hora de la capital, con un hombre mayor que ella y dos niños de él.

Yo me olvidé de que los días iban siendo más cortos (obsérvese que todos los días duran lo mismo, y que lo medimos todo en función de la luz o de lo que vemos). El otoño acerca a los amantes entre sí o los transporta a balcones y acantilados, o al simple borde de las camas.

Lo hacíamos todo con prisa, como si no hubiera tiempo (ya sabemos que el tiempo no es algo que haya o deje de haber). O como si la velocidad se alimentara de tiempo, y el tiempo de oportunidades. Cuanto más despierto, más esperas.

Despedí a Grabielle en la estación y me quedé allí para confirmar que tantos trenes se van, tantos llegan.

Y de uno se esos trenes se apeó Didier, con su abrigo gris sobre el brazo izquierdo y los ojos enrojecidos. Y yo dije: “Vendrá otro Otoño, y no seremos los mismos”.

No recuerdo quien habló del otoño ni de la recta final del amor. Didier aún estaba llegando, cansado, sí, pero sediento de todo.

22. (LUPUS)

Como un lobo me acerqué a Gabrielle, la noche avanzada.

Ella perdió su tren, y Max nos ofreció su celda, cerca del río, y no hicimos otra cosa que llorar y aullar y reír de nada y volver a llorar contra un armario carcomido, imagino que de antes.

Los dioses me vieron entrar como un lobo en el territorio salvaje, y me acompañaron pensamientos sombríos que yo no había invitado. Quería que Gabrielle lo supiera, aunque no había forma.

Quería no ser Steiner, no trabajar en un Consulado, no vivir en una ciudad que abraza y devora, no ser poseído por la inocencia cruel (porque no es inocente) del que ama a media voz.

La proximidad de Gabrielle me aterrorizaba y me atraía y así debía ser. Es más cómodo, si no perfecto, querer a secas, sin un objeto en quien perderse. Cosa que no es posible, pues siempre hay algo que se escapa y te pierde, y siempre queremos más.

23. (LYNX)

El amor no es ciego, o se mira a sí mismo.

Lo que ve o no ve es otra cuestión. El que ama puede ver lo que otros no pueden, y el objeto del amor es a menudo un objeto desapercibido para otros.

Lo que dos amantes ven, de sí mismos y hacia fuera, no merece la pena expresarse en palabras. El espacio entre la razón y la sinrazón está lleno de proezas y desastres, pero ningún discurso.

En el desamor los amantes olvidan sus visiones de las que no fueron espectadores. Si alguien les pregunta, se sienten sorprendidos, confusos. Sólo aciertan a devolver una pregunta ajena a toda respuesta ¿Cómo eran los ojos? ¿Qué parecían mirar?

24. (MONOCEOS) –El Unicornio-

“No sé si somos valientes.

No sé si en realidad queda otro remedio que actuar como actuamos.

No sé si, en la recta final, arriesgamos más de lo debido, ese antídoto a quedarnos solos.

Amigo Steiner, no sé si la vida que llevamos y nuestra postura ante las cosas, son más interesantes que la variabilidad de factores externos que nos afectan y la diversidad de mundos que nos circundan y de los que ni sabemos.

Si jugamos para perder o ganar, a quién le importa esa idiotez. Las cartas del mago pueden quedar invertidas desde el lado del observador y en su derecha orientación desde el punto de vista del adivino. Y quién adivina y quién observa, se diría.

Quizá somos como unicornios de quienes nadie puede confirmar existencia. Los amigos y camaradas están demasiado ocupados estudiando sus cartas para detenerse a juzgar nuestras acciones. Al resto, qué más da.

Soy como el que pasea de madrugada con un amor perdido y piensa que nunca volverá a sentir igual.

No es motivo de alarma. El fuego está en otra parte. Hay un humor característico en quienes todo lo miden por el sentimiento que les despierta. Nuestras relaciones, humanas o vete a saber, son como las relaciones entre planetas o estrellas, así de lejos, así de cerca y vigilantes.

Poseen cierto grado de conflicto en ocasiones. No se limitan a la machacona alternancia del flujo y el reflujo, sino que se ven turbados por cosas tan raras y distintas como el blues, la contaminación o las píldoras.

Es difícil mantenerse en cubierta a todas horas y conservar el equilibrio cuando la tempestad golpea. Esos días no hay carta en el buzón y los poemas andan mal sazonados.

Todo o nada ¿Así son los afectos?

25. (OPHIOCHUS)

Max me inspiró la enfermedad.

Vino a visitarme a mi habitación de Sant Michel cuando, diciembre, mis bronquios se espesaban y resonaban como si Curtis Fuller tuviera el día en un club nocturno abarrotado.

Quiso convencerme de las ventajas de estar enfermo.

Como un curandero sin diploma, ejecutó alrededor de mí una danza que llamó “del Escolapio”, retorciéndose como una serpiente y emitiendo lamentables sonidos con su voz de soprano, haciendo que mi cabeza se prestara a estallar.

“Tú ya estabas enfermo”, me dijo, “ahora, además estás inmovilizado y tienes fiebre”.

Cuando llegó Gabrielle, Max estaba en la cocina preparándome un caldo. Al escuchar los pasos, salió de la cocina, nos miró a los dos a un metro de distancia, y se rió a carcajadas. “No hay peligro, Gabrielle”. Dicho esto, regresó a la cocina.

Dos días después, me levanté, la flojera en las piernas, ojos turbios, y me vestí. Me sentí con fuerzas para ir a trabajar. Max me disuadió. “Aprovecha, Steiner. Uno no puede detener el mundo si está enfermo. Pero puede hacerlo, si parece estarlo.”

26. (ORION)

A primeros de Noviembre, Max cumplía años.

No sabíamos cuántos, por supuesto.

Gabrielle estudió sus facciones, preguntó cosas sin sentido, y apuntó que 32.

Max protestó. Didier opinó que 30, con la misma mirada científica de bobo. Y yo me abstuve, pensando que tampoco entendía por qué los años “se cumplían”.

Didier acababa de regresar de Bruselas y se sentía deprimido, no por echar de menos Bruselas, sino porque había un cumpleaños y no había otro viaje que hacer. Max se puso a tararear una canción de los Beatles, I'm The Walrus, y a todos nos dio por reír. Él y Gabrielle desaparecieron en algún momento de la madrugada.

Didier y yo estábamos demasiado bebidos para levantarnos, y menos para desaparecer. Compartimos la recta final de otro día, como dos exploradores en el desierto, presa de delirios y espejismos, envenenados sin saberlo.

Amaneció sin testigos.

Max y Gabrielle caminaban en silencio por el Barrio Latino, arrimados por el descenso térmico, asustados del sol cazador, y dando nombres a casas que no los tenían.

Didier y Steiner dormidos, el uno cerca del otro, derrotados por la resaca y el sueño.

Una página de una revista hablaba del próximo año del Dragón, una imagen de Julie Christie se perdía entre vasos y ceniceros.

27. (PAVO)

Max regaló a Gabrielle en Enero un libro cuyo título era “Peacock”.

Gabrielle me lo leía en la hora de la siesta, mientras la nieve cubría los tejados y el año nuevo se camuflaba entre el blanco y el rojo.

“Vivía en dos casas. Vivía dos veces. Había dos ciudades. Ninguna de ellas era Éfeso. Y sin embargo soñaba que la Ninfa Algedi y yo paseábamos a la luz de la luna por la Vía Arcadiana seguidos por la sombra de Mercurio”.

Gabrielle esconde el libro debajo de la almohada y se mece el pelo hasta taparme los ojos. Hasta ese punto me ama...

28. (PERSEO)

Didier tuvo carta en Febrero, el suelo se movía bajo los pies y la letra de Bárbara discurría inclinada por el papel como los transeúntes por la avenida.

“Eres de una raza a extinguir. Lo sabes. Puedes elegir traicionar a tus amigos por mi causa. Después pasarías años negándolo o defendiendo una causa perdida. Tú quieres todo o nada. Y eso no lo concede una parte ni la distancia. Un día seré tu amiga ¿me traicionarás entonces? ¿Te escamotearás? Posees el egoísmo versátil de un viajero sin meta. Lo adivino, que seguiré acudiendo a Bruselas todos los meses, y que quizá seas tú quien no acudas a la cita, un día impredecible. Nunca podrás resolver el dilema entre sufrir o hacer sufrir a los otros. Todas las mujeres de tu mundo se enamorarán de ti por esa razón y con esa extrañeza en la mirada...”

¿Por qué escribir historias sobre lo que pasa y no pasa? No dejo de hacerme esa pregunta. Me veo a mí mismo como el personaje de Hotel Discordia, aquel pequeño relato que escribí sobre el buscador Vidal y el oculto Wilson. Vidal era yo, rescatador de chatarra, y también Wilson. Puede que juegue en los dos bandos. Si te asomas a estas líneas, o a cualquier pieza escrita o por escribir, no será porque nadie se haya arriesgado a hacer públicos unos papeles que niegan, desde la ficción, la realidad que muestran.

29. (FENIX)

Max es un pájaro sin bandada.

Un pequeño pájaro, único, extraño, cuyo origen sólo conocen los testigos que nunca hablarán, y el destino, quién sabe qué es eso del destino.

¿Qué es de Max ahora?

Cuando Max y Gabrielle desaparecieron durante cinco días y regresaron una mañana exaltados, asegurando haber visto un episodio de la infancia de Max en Lisboa, yo no pude sentir rencor. No pude sentir celos.

Les abracé como se abraza a los niños perdidos, y los tres lloramos como idiotas. Le pedí a Max la americana, me la colgué en los hombros y les dejé solos. La luz amarilla les hacía entrañables, más reales todavía.

Max dormía en la habitación de los libros, y se empapó de Jean Cocteau, Oscar Wilde y hasta de las rarezas de Remy de Gourmont.

Conocíamos la fragilidad de un acuerdo tácito y con todo salíamos en esos luminosos días de febrero, sin rumbo preciso, en el coche azul de Gabrielle, mientras buscábamos en las afueras de la ciudad un lugar donde la costumbre fuera sólo una constelación imperceptible y la fuerza de los sentimientos que asomaba entre los olmos, centelleante, peligrosa, meteorito para hacerse mil pedazos.

Ni Gabrielle ni yo sabíamos qué hacer con las piezas del puzzle Max, que se sentía prisionero de una rara amnesia, enfermaba de espanto al ver algo que creía familiar y hablaba sin parar de una imposible adolescencia en las calles de Lisboa.

30. (PISCIS)

Didier opina que lo peor es el perfume. El aroma de Bárbara que le acompaña en el tren, y los corredores, los ascensores y las oficinas, y sólo él percibe.

En presencia de Bárbara, el perfume es un rasgo más de su personalidad, rasgo riesgo, como su risa, la forma de sus manos que se mueven. Ama a Bárbara, esos movimientos y la quietud. Ama el perfume que queda cuando va.

Durante el viaje es distinto. El perfume se convierte en una atmósfera o un halo, divino y profano, oxígeno y luz. Le agita el corazón y no le deja respirar. Es síntoma de alejamiento, o la forma de medir la distancia.

Bárbara decía a veces, sin ser necesario, que él iba a abandonar antes. Aunque quizá ella no supiera los estragos que causa un perfume, un ascensor, un café.

Si no vuelve a Bruselas será por el perfume, piensa Didier.

La cuerda se estira, entre Venus y Cupido, la tensión se hace insoportable cuando se desliza entre la ropa de los armarios y echa la llave. Allí se queda.

Una semana más tarde, al abrir el armario y acercar la nariz a la solapa de la americana siente la necesidad de correr a la estación y comprar un ticket. Sigue el rastro de la cuerda, y sigue oliendo igual, sería una decepción que dejara de hacerlo.

31. (SAGITTARIUS)

Max es el arquero, decía Didier. Nos atraviesa con sus flechas pero no se queda a presenciar sus efectos.

Miraba a Gabrielle y me preguntaba si ella se daría cuenta de que Max era tan provisional como el vuelo de una flecha.

Gabrielle y yo nos amábamos sin estridencia. No había lugar para la catástrofe, no había recta final, el día era un ligero deslizamiento hacia el principio de todo. La noche, la imprudencia, la locura.

No había en Max garantías de que nada se salvara o fuera preservado por la certeza.

Max nos quería mucho y no acechaba en lo vulnerable, más bien coqueteaba con los impulsos y hurgaba en ese principio de todo que podríamos olvidar. Ese de la noche, sí, la locura, y todo lo que viene imprevisible.

Gabrielle le espiaba entonces. Quizá esperaba con temor el momento en que Max recogiera sus cosas y se calzara sus botas de viaje. No estaba segura de no querer ser invitada a unos planes que incluyeran ese retorno a los bordes de la sinrazón. La noche, otra vez, y el fogonazo que rompe cristal.

Max es el arquero, decía Didier. Si nuestro amor perdura no será porque Max desaparezca, con sus flechas, de nuestras vidas. Nos sorprendemos, ves, ahora no ves, unos a otros, tensando nuestros viejos arcos.

32. (SCORPIUS)

No se puede reducir una identidad a una instancia particular, a una manifestación ocasional. Un fragmento, un plano, no dan una idea del acontecer de un personaje.

En el caso de Didier, las matemáticas no eran una especialización de su conocimiento científico ni una ocupación temporal de su mente pasajera.

No sentía la necesidad de aplicar las matemáticas a la vida, porque las matemáticas eran la vida, tanto como pudieran serlo los paseos primaverales, las noches de jazz en el Paraíso, los días de trabajo agotador o el vino y la charla entre amigos.

Entre la teoría y la práctica no había un paso, ni dos, ni cien. La teoría y la práctica eran la misma cosa. El amor por Bárbara vivía al mismo paso que los números inevitables.

Como ese trompetista de jazz que se entrega a una secuencia de notas que, una vez sumergido en ella, no puede evitar, los cálculos sólo eran un comienzo en la sucesión de movimientos inconscientes del que ama o busca el placer de estar cerca de la belleza.

En un aspecto se equivocaba Bárbara (si es que se puede decir error). Didier habría siempre de arriesgar su vida cuando se viera tentado por la comodidad o la renuncia. Si Didier titubeaba, si el perfume de Bárbara percutía sobre su corazón de Antares, cazador de una presa sin recursos o escape, no había indicio de que Didier desfalleciera y se viera infectado de desamor.

Por el contrario, si se anunciaba la discontinuidad –esa íntima colaboradora de la estrategia absurda- no resonaban las notas fluidas de su voz interior, había un cortocircuito en sus pensamientos, y suponía un esfuerzo dañino convencer al amante de que toda fuera ilusión. Perseguir la belleza es una prueba de que la belleza existe y nos persigue, sin piedad, hasta doler, muy hondo.

Didier no faltó a su cita de Abril en Bruselas. Bárbara valoró su esfuerzo pero no percibió las huellas de la desesperación, un cansancio en los ojos, un roto en las conversaciones, silencios raros entre cafés y caricias.

Se sentaba en un sillón, frente a la cama, y le veía dormir en silencio, preguntándose por qué a ella sí le había sido difícil acudir a la cita, por qué su identidad era asimétrica, y dependía de tantas cosas que la abrumaban, mientras su amante reunía en insólita armonía el sufrimiento y la fuerza de la entrega.

33. (ESCUPTOR)

“Somos animales extraños. No vemos las estrellas tal cual son ¿por qué las queremos, pues?... “¿Extraño? ¿Por qué no ha de ser extraño? Es extraño. Todo es extraño” (Saul Below)

1956. París. Chet Baker,

Era el único cartel en la pared del estudio de Gabrielle, junto a una fotografía de Steiner bajo del espejo, traje de color hueso, el pelo muy corto, las facciones especialmente estiradas. Más flaco que de costumbre.

Estudio, o como se pudiera llamar a la habitación. Muy pequeña, en planta baja, repleta de cajas vacías o llenas, objetos inútiles mezclados con los útiles que no se usan. Un paraguas sin tela. Un carricoche desmenuzado. Un parachoques de Citroën. Un osito de peluche viejo y con un ojo torcido. Un catre sin respaldo.

Aún con el estudio iluminado, había cierta oscuridad, porque las razones para esculpir allí eran oscuras. Los significados de las obras de Gabrielle eran tenebrosos, en ocasiones. Sólo se había atrevido a añadir humanidad a un perfil de Steiner, y sobre eso decía: “Steiner, tienes el perfil de un habitante de la caverna de Platón, o de un músico perdido en el caos. Creo que nunca podré acercarme a la realidad de tu imagen. Sólo a la copia”.

Era tarde. Se acercaba la hora de la cena. Esperábamos a Max y Max no apareció.

Gabrielle no era una mujer a quien el deseo le perturbe hasta olvidar que hay que acercarse a los objetos, tratar con ellos, hacer algo práctico y distanciarse de las obras. Supe entonces que Gabrielle no dejaría la ciudad, ni por Max ni por nadie. Si lo hacía sería por la necesidad de cambiar, de encontrar otros espacios, otras miradas, otros objetos, otra luz. Por eso, sí, dejaría la ciudad, y el viaje se dibujaba en sus ojos.

34. (SERPENS O EL SWING)

Hay para los que la vida es una línea recta y los caminos vecinales nos utilizan para sacudirse los bolsillos, desempañar un hobby o una actividad sin importancia o para vomitar en silencio antes de levantarse y seguir. Hay para los que la vida va del punto A al punto B, pura geometría. Estos no conocen el swing, y se deleitan, en cambio, con la pulcritud de la aparente estabilidad del mundo conocido.

Hay otros para los que la vida es una serpiente. Andan en zigzag por las calles del Imperio, evitando a las patrullas morales, y compartiendo con proscritos, perdedores o extranjeros de cualquier país.

Estos últimos conocen el swing, aunque el conocimiento del swing no les conducirá a mayor sabiduría, gloria. La gloria, si algo es en las calles del Imperio, es la consecuencia de haber seguido la línea de puntos y no haberse detenido ante nada ni nadie, sin hacer caso de las señales de desvío o las rutas del mal vivir.

“Swing is a point of detour”

Max, Gabrielle y yo no éramos lo que se diría felices. La felicidad, o se escapa de las manos o desconfía de ella. Cuando Max dejó el apartamento junto al río, Gabrielle y yo no supimos qué comentar. Nos quedamos en silencio, ante la ausencia de notas o indicios. Tanto si hay despedida como si no se dice adiós, la confianza en los sentidos es limitada, lo que sabes del otro es una pequeña parte, una porción que te han repartido y la agradeces pero no te da más conocimiento.

Una noche hicimos el amor escuchando “Auf Wiederseh’n” por Joe Newman. Por la mañana, me vestí en silencio en mi cuarto y salí a la calle, que parecía otra calle de otra ciudad, aunque olera igual a personas, tiendas o autobuses. Recordé una noche en que intenté fotografiar a Gabrielle pasando, esa estela que quedaba en el ambiente al instante de su paso y que ya no podía identificar.

Era también la estela invisible, el halo de Max, lo que me acompañaba por el paseo de Indochina y yo iba leyendo esto y lo otro, dando conversación a quien no la tenía, moviendo las manos y deteniéndome en los pasos de cebra sin saber a dónde cruzar. Encontré a Didier en su casa, preparó una cafetera, me ofreció una pequeña manta de viaje (de viaje) y me ocultó una carta de Max, que yo no podía leer porque no era para mí.

La recta final. No es recta, ni es final, la maldita. Es una serpiente, sí, que se enrosca en tu cuerpo como fiebre y te hace negar cosas, y tú va y las niegas, “yo no he estado aquí

antes”, “apaga la luz”, y Didier... “¿Cómo se puede echar de menos a un ser tan extraño, que no te echa de menos?”, y así todo el tiempo...

35. (TAURUS)

Llegó el verano.

Un verano sin Max, que decía Didier andaba por Berlín y había enviado una hermosa canción en alemán que decía algo así como “de nosotros no es la claridad/ de nosotros sólo es la visión/ y así de oscuro será siempre”.

Didier se marchó poco después, y alquiló una habitación en Bruselas. Bendito perseverante idiota y maravilloso. Hizo esto sin que Bárbara hubiera decidido vivir con él o no. Didier no buscaba convivencia, sino proximidad. Una ciudad era para él un accidente en esa ruta de la recta final. Sólo existe quizá una ciudad para que cada uno pueda cerrar los ojos.

Un verano sin Gabrielle, que viajaba sola por Italia, con el dinero del invierno y esa mirada de curiosidad que yo conocía como la vista desde mi ventana.

Me regaló una escultura antes de partir: era Aldebarán, el ojo centelleante del toro, y un racimo de signos o cifras en el lomo sobre torso de mujer con hombros y cuello que bien conocía.

Yo tengo los ojos entornados, en mi apartamento vacío, y no escucho nada. Ni siquiera la eterna voz interior. Soy un autómatas que acude al Consulado sin esfuerzo, luego regresa a casa sin experimentar sensación de volver al hogar (¿qué hogar? Eso habrá que mirarlo). Escribo hasta que me duelen la espalda y los brazos, me dejo llevar por la música de Coltrane, bebo vino tinto con queso y aceitunas. No sé qué será hogar, aunque sé que esto no lo es. Quizá la extrañeza es mi hogar, muda y sorda, o lo que veo con los ojos en la oscuridad, constelaciones de presencias y ausencias que se ofrecen a la interpretación, con sus formas y su intermitencia.

Sin viajar a ningún lugar ni a las estrellas, el verano fue caluroso e insípido, ventiladores, vino, noches en las calles y vuelta a la casa para reírme solo ante el espejo. Veía extraño el rostro de un otoño incrustado en el mes de julio, nada de romanticismo, pero tampoco ningún final para la recta.

36. (VIRGO)

Gabrielle me escribió una carta desde Nápoles, en septiembre, junto a una tarjeta de Intra Moenia, plaza, decía, bellísima de cafés, carteles y música.

“Steiner, no me planteo regresar por el momento. Tengo contactos aquí y la posibilidad de hacer algunos trabajos. No puedo pedirte que vengas. Quizá no sea tu ambiente, aunque no sé precisar bien cuál es tu ambiente. En todo caso, serías el sacrificado. ¿Crees que resultará?”.

Ante tan ambigua invitación, y sin conocer ambiente que pudiera ser el mío, hice las maletas y me despedí en el Consulado. Me despedía de todo sin decir adiós a nada, sin saber si habría un hola desconocido, un abrazo sin daños. Inútil es afrontar los jeroglíficos de los deseos en movimiento cuando estás parado, en medio de la nada.

¿Aprendemos algo? Echamos lastre, eso con suerte. Desechamos lo que ya no es útil. El lenguaje... ¿es útil? Yo quiero, Tú quieres. Ellos quieren. Se dejan señas o no, y alguien puede entenderlas o no.

Siempre he sentido envidia de Didier y sus trenes de madrugada y su entusiasmo y su congoja. Me acomodo en mi asiento, me froto la cara y compruebo que grabé una música y suena otra.

No llevo libro a mano, solamente la carta de Didier y la fotografía que nos hicimos en el Paraíso. Parece que no nos miráramos, sino a algo que hay detrás.

Las señales, el cielo. El juego que revela sus formas. El tren serpentea. Desde arriba, las constelaciones.

© Fernando Garcín, 2011